

CIUDADES DE PERDICIÓN: LA ECONOMÍA MORAL DE LAS FRONTERAS NORTEAMERICANAS

Will Straw*

En 1954, una revista estadounidense llamada *Brief* publicó un artículo titulado “La ciudad de perdición número 1” (ilustración 1). La ciudad en cuestión era Montreal y el artículo quería comparar un informe de reformas municipales recientes con la fascinación por los placeres pecaminosos de la ciudad. “La ciudad más grande de Canadá [...] no está precisamente llena de operaciones ilícitas, ni es manejada tras bambalinas por empresarios sospechosos”, afirmaba el artículo:

[...] Pero el comercio del vicio florece en los callejones ilícitos y a los turistas no les cuesta trabajo ceder al placer por dinero. En los escabrosos récords en que se hallan centros de perdición como Marsella y Macao, Montreal se encuentra en un triste segundo lugar. Pero si se considera sólo el norte, se ha ganado su sucia reputación.¹

Montreal está a una hora en coche desde la frontera con Estados Unidos, y desde hace mucho tiempo es una parada importante en las rutas de artistas, gánsters y turistas estadounidenses. Junto con fotografías de oscuros callejones y atractivos clubes nocturnos, el artículo de *Brief* detallaba los últimos esfuerzos de los reformadores municipales y de la policía de Montreal para “limpiar” el vicio y la extorsión en la ciudad. Aquí, como en otros muchos ejemplos en que la prensa popular estadounidense trataba a Montreal, la ciudad era vista en formas que la hacían tanto familiar como exótica. Sus encantos “franceses” y su libertinaje mediterráneo se veían como si coexistieran con la criminalidad al estilo estadounidense. Su historia reciente se interpretaba como en contra de los telones de fondo del católico moralizador y de movimientos en pro de una reforma municipal, similares a aquellos que caracterizaron la política estadounidense a principios de los años cincuenta.

Durante esa década, docenas de revistas estadounidenses dedicaban regularmente artículos al tema de las “ciudades de perdición”. Como de costumbre, cada uno de esos artículos se enfocaba sobre una ciudad en especial, afirmando que exponía el vicio y la corrupción que supuestamente estaban en el corazón del problema. Fiel a la lógica de la explotación, cada artículo era presentado como una investigación periodística de problemas sociales, mientras se regodeaba con imágenes de periodismo fotográfico de vicio y sexualidad morbosa. La mayoría de estos artículos describía la facilidad con la que los reporteros de las revistas podían

* Departamento de Historia del Arte y Estudios de Comunicación, McGill University, Montreal, Quebec. <wstraw@po_box.mcgill.ca>.

¹ Sin autor, “No. 1 City of Sin”, *Brief* 2, no. 4 (agosto de 1954): 102-111.

adquirir alcohol, drogas y servicios sexuales dentro de la ciudad en cuestión. La imagen de “ciudad de perdición” se había difundido en toda la cultura popular impresa de Estados Unidos durante la década de los cincuenta. Esta imagen aparecía regularmente en artículos de esas nuevas revistas que se especializaban en chismes sobre la gente famosa —revistas (como *Hush-Hush* o *Suppressed*)—, surgidas después de la exitosa publicación de *Confidential* en 1952. Otros artículos sobre las “ciudades de perdición” se publicaban en revistas de acción masculinas, como *Tag* o *Stag*, que servían de pretexto para publicar fotografías casi pornográficas y relatos morbosos. Muchos otros aparecieron en pequeñas revistas como *Brief*, cuya combinación de chisme sobre celebridades, revelaciones periodísticas y diversos hechos cotidianos eran características de una amplia corriente de cultura popular impresa de los años cincuenta.

Muchos de esos artículos trataban sobre las legendarias ciudades “de perdición” fuera de las Américas, como Marsella, Sidón y Shangai, y de esta manera perpetuaban la antigua fascinación por las ciudades exóticas del Mediterráneo o del Oriente. Conforme la década de los cincuenta avanzaba, hubo un marcado cambio de los lejanos lugares “exóticos” hacia las ciudades dentro o cerca del espacio geográfico de Estados Unidos. Al mismo tiempo, los artículos sobre las mismas ciudades estadounidenses cambiaron su enfoque de los centros conocidos, como Chicago o Nueva York, hacia centros urbanos más pequeños y recónditos, como las ciudades de Phenix, Alabama, o Galveston, Texas. Todos esos artículos se presentaban como reportajes documentales, pero el imperativo principal de esta documentación parecía ser la motivación de especificar el haber encontrado vicio y pecado en una nueva y oscura ubicación específica. Incluso en esos artículos cuyo enfoque seguía siendo Nueva York o Chicago, la atención se dirigió hacia vecindarios o distritos que se caracterizaban por la alteridad y por una sensación de exotismo.

La fascinación por las ciudades pequeñas en la cultura popular de los años cincuenta es el resultado de varios factores, algunos de los cuales he descrito en otro artículo.² La comisión del Senado estadounidense contra el crimen organizado y la corrupción municipal (la llamada “Comisión Kefauver”) viajó a todo lo ancho de Estados Unidos de 1951 a 1953 para realizar sus audiencias. Sus investigaciones sobre el vicio y la criminalidad local, que eran televisadas y seguidas por muchos, sirvieron para hacer de la “ciudad expuesta”^{*} un ejemplo fundamental de la cultura popular de la década de los cincuenta. La ciudad expuesta sirvió de base para más de una docena de películas de Hollywood, innumerables libros de bolsillo, reportajes de investigación en los periódicos más importantes y artículos en las revistas aquí descritas. En más de cien artículos sobre las “ciudades de perdición”, las revistas populares de aquellos tiempos confirmaron una de las conclusiones evidentes de las audiencias de la Comisión Kefauver: que el pecado y la corrupción se podían encontrar en cualquier ciudad, si uno los buscaba a fondo. Se veía

² Will Straw, “Urban Confidential: The Lurid City of the 1950s”, en David B. Clarke, ed., *The Cinematic City* (Londres: Routledge, 1997): 110-128.

^{*} *City exposé* en el original en inglés (n. de la trad.).

que el pecado florecía cuando la oportunidad se presentaba, y la oportunidad surgía, gran parte de las veces, en las fronteras y periferias de la vida estadounidense.

A través de este corpus de artículos, muchas de las ciudades designadas como “ciudades de perdición” eran aquellas que se encontraban en los márgenes geográficos: ciudades fronterizas que estaban entre estados o entre países, poblaciones en las arterias de comunicación entre los centros importantes, o pequeñas ciudades suburbanas que podían encontrarse en los límites de grandes ciudades como Chicago. El carácter intermedio de estas ciudades alimentaría la percepción de que no tenían leyes y de que eran corruptas. En el lenguaje visual que surgió para capturar la idea de estar fuera de la ley predominaban las imágenes de puentes, carreteras suburbanas y ríos. La idea tradicional de que el crimen florecía en un “submundo” subterráneo fue desplazada por la de que el vicio florecía más exitosamente en las fronteras de la comunidad.

En 1951, la revista *Eye* había publicado un artículo sobre Montreal, que era una revelación fotográfica titulada “City that’s Run by Sin” (“La ciudad gobernada por el pecado”) (ilustración 2). Otros tres ejemplos pueden servir para confirmar cómo Montreal era un frecuente foco de atención de estas revistas. Uno, tomado de un número de 1953 de la revista *Focus*, señalaba en su título que en Montreal “They’ve Kicked the Sin into the Streets” (“Echaron el pecado a las calles”) (ilustración 3). En ese mismo año, *Photo* publicó un artículo titulado “Montreal Confidential” (“Montreal al desnudo”*) (ilustración 4); en 1959, la revista de acción *Man’s Life* describía Montreal como el centro de perdición canadiense: el paraíso para los turistas que buscan mujeres fáciles (ilustración 5). En cada uno de estos artículos, Montreal es descrito por medio de frases retóricas que se habían vuelto comunes en los artículos sobre la ciudad de perdición. Se muestra el predominio del crimen y del vicio; se narran los esfuerzos, por lo general inútiles, de los reformadores para limpiar la ciudad. Fotografías excitantes nos adentran en el mundo de los clubes nocturnos y de salones de burlesque.

En todos estos artículos y representaciones gráficas, Montreal asume su estatus de ciudad fronteriza. Aunque se encuentra aproximadamente a una hora de la frontera con Estados Unidos, cumple con el papel convencional de las ciudades fronterizas dentro de lo que los geógrafos culturales llaman geografía moral. Quienes estudian la imaginaria de las ciudades fronterizas, desde hace mucho tiempo han observado la fascinación recurrente por esos lugares como sitios de transgresión imaginada e incertidumbre moral. El abundante campo de investigación sobre Tijuana u otras ciudades portuarias como Marsella o Nueva Orleans ha mostrado en diversas formas de retórica cultural que la frontera física o geográfica volverá a figurar como umbral o límite moral. Las representaciones culturales populares de las fronteras a menudo invocan lo que Marta Savigliano llamó una economía política de la pasión,³ cuando escribió sobre la difusión internacional del tango.

* Estamos de acuerdo con esta traducción, que parafrasea el título traducido de la película *L.A. Confidential* (n. de los eds.).

³ Marta Savigliano, *Tango and the Political Economy of Passion* (Boulder: Westview Press, 1995): 1.

En este sentido, las fronteras son imaginadas como lugares de paso dentro de un tráfico internacional de emociones y placeres. Por supuesto, este tráfico parte de viejas nociones estereotipadas de diferencias raciales y étnicas. En la relación entre partes latinas y no latinas de América del Norte, este estereotipo está alimentado por suposiciones acerca de las diferentes temperaturas de la moral de los grupos raciales y étnicos.

En las imágenes estereotipadas de Montreal, el carácter francés de la ciudad, como era de esperarse, ha sido una característica recurrente. Pocos artículos sobre el vicio o los clubes nocturnos de Montreal pueden resistirse a mencionar las imágenes del desfile gay o a describir la permisividad moral que se percibe sobre Montreal como si tuviera algo mediterráneo. La cobertura de la prensa popular estadounidense sobre Montreal, al menos durante un siglo, se ha concentrado en la moralidad “latina” relajada de la ciudad y en la novedad de dicho exotismo que florece tan cerca de la frontera norte de Estados Unidos. Por lo regular, al igual que en el artículo “City that’s Run by Sin”, los escritores se esfuerzan por reconciliar la amoralidad de Montreal con el reconocimiento de la continua influencia altamente moralizante de la Iglesia católica. Esta reconciliación supondrá a veces una lucha entre las fuerzas del placer y las de la disciplina moral; con la misma frecuencia, involucrará a la Iglesia misma en un clima generalizado de hipocresía y complicidad. En el siglo XIX, como Rebecca Sullivan lo mostró, los libros estadounidenses de propaganda protestante imaginaban a Montreal como un lugar de depravación sexual y abandono, una ciudad controlada por curas católicos y monjas cuyas energías estaban dedicadas a la corrupción moral de los jóvenes.⁴

Las imágenes de “lo francés” son recurrentes en aquellos artículos que, en los años cincuenta, dieron el papel a Montreal de ciudad de perdición. Sin embargo, hubo particularidades similares en los reportajes sobre docenas de ciudades estadounidenses durante el mismo periodo. En la década de los cincuenta, se veía a Montreal como si participara en patrones continentales más amplios de corrupción urbana, en una decadencia social generalizada caracterizada por el crimen organizado, fuerzas policíacas ineficaces, periodistas con espíritu de cruzada y comisiones para el crimen. Aunque su carácter francés, latino, daba a Montreal cierta distinción, la ciudad funcionaba principalmente como otro ejemplo de pecado y vicio que florecían en la periferia de la vida estadounidense. Montreal encaja fácilmente en este discurso porque la mayoría de las ciudades que eran consideradas como “de perdición” en la cultura popular de aquel entonces se encontraban en lugares que se percibían de la misma manera como periféricos u oscuros. Por ejemplo, a los habitantes del sur de Estados Unidos se les dio el papel de subdesarrollados moralmente, demasiado hedonistas o propensos a las tentaciones del dinero fácil e ilícito. Mobile, Alabama o Galveston, Texas, funcionaban dentro de ese discurso tanto como Montreal; todos eran susceptibles al crecimiento de la criminalidad y del vicio locales.

⁴ Rebecca Sullivan, “A Wayward from the Wilderness Maria Monk’s *Awful Disclosures* and the Feminization of Lower Canada in the Nineteenth Century”, *Essays in Canadian Writing*, no. 62 (otoño de 1997): 201-222.

En los años cincuenta, las revistas estadounidenses y su amplia diseminación de cultura popular sugerían que la integridad moral de Estados Unidos estaba amenazada por las innumerables fronteras que tenía. Mientras que en la era progresista, un pánico moral sobre las ciudades se enfocaba en ciudades monumentales míticas, como Chicago o Nueva York, en la década de los cincuenta la atención se dispersaba hacia afuera, hacia lugares oscuros y periféricos. En las películas, en los libros de bolsillo y las revistas de esa época, el discurso moral sobre las ciudades terminó centrándose en poblaciones pequeñas y medianas del medio oeste y del sur. En muchos casos, estos pueblos o ciudades representan un nuevo tipo de ciudad fronteriza —esas ciudades que florecieron justo sobre el límite municipal o estatal, en una relación parasitaria con las bases militares locales o las fábricas—. Las ciudades de perdición eran esos espacios marginales en los que los criminales explotaban la prosperidad local por medio del establecimiento de los negocios de apuestas o del tráfico de servicios sexuales. A través del amplio corpus de la cultura popular estadounidense durante este periodo, uno ve el deseo de llamar “ciudades de perdición” aun a poblaciones marginales o a aquellas a las que menos se aplicaría un calificativo así.

De varias docenas de posibilidades, podríamos observar unos pocos ejemplos de artículos de los años cincuenta en donde un cambio de enfoque fuera evidente. Las ciudades descritas en estos artículos son todas, de una u otra manera, ciudades fronterizas. Estas ciudades ofrecen las tentaciones de las apuestas, el alcohol, las drogas y, lo más importante (ya que sus posibilidades fotogénicas eran continuamente explotadas), prostitución. Como ciudades fronterizas clásicas, se cree que estos lugares podrían existir o florecer casi únicamente debido a este papel. La ilustración 6 muestra un artículo sobre Brownsville, Texas, una ciudad situada en la frontera con México. En la ilustración 7, vemos la portada de un artículo sobre Newport, Kentucky, del que se decía que era un lugar de tráfico de vicio interestatal. Las ilustraciones 8 y 9 muestran artículos sobre Galveston, Texas (una ciudad considerada corrupta por su condición portuaria), y Phenix, Alabama, quizá el lugar de tráfico de vicio y crimen interestatal que más cobertura tuvo en Estados Unidos durante la década de los cincuenta.⁵ Por último, las ilustraciones 10 y 11 muestran la primera página de artículos que trataban sobre New Haven, Connecticut, y Saint Paul y Minneapolis (estas últimas eran descritas como las “ciudades gemelas de perdición”).

Dentro de esta manera de considerar las ciudades, Montreal podría parecer simplemente una ciudad más en el límite, del otro lado de una frontera fácilmente permeable. De hecho, las ilustraciones ofrecen una visión general de varias ciudades canadienses y hacen énfasis en la atracción que éstas tienen para los criminales como lugares de refugio que, además, se encuentran cerca de sus esferas de operación con sede en Estados Unidos. Esta imagen de Canadá, como refugio

⁵ La ciudad de Phenix fue el tema de una película (*The Phenix City Story*, 1955, del director Phil Karlson) y de artículos en varias publicaciones periódicas, desde la predominante *Esquire* hasta muchas revistas llamadas “amarillistas” y de escándalo de los años cincuenta.

para el crimen muy próximo a Estados Unidos, floreció durante los años de la Ley Seca, cuando el tráfico de alcohol entre Canadá y Estados Unidos alimentaba el crecimiento del crimen organizado en ambos países. Más recientemente —con el pánico sobre la seguridad nacional a partir de los acontecimientos del 11 de septiembre de 2001—, el gobierno estadounidense culpó al relajado carácter socialdemócrata canadiense de fallas muy importantes en el reforzamiento de las patrullas fronterizas y de inmigración. Aquí, nuevamente, Canadá ha sido visto como un refugio, un anfitrión ingenuo de personas indeseables a las que no quiere o no puede controlar ni expulsar.

La frontera entre Estados Unidos y México se caracteriza por una arraigada historia de inequidad y conflicto. Estas características determinaron la aparición de una cultura fronteriza distinta, cuya complejidad se describe magistralmente en muchos de los trabajos de este libro. Por el contrario, los significados culturales de la frontera Canadá-Estados Unidos son mucho menos sólidos y más susceptibles a cambios transitorios en las tasas de cambio o en la regulación del alcohol, de las apuestas y del trabajo sexual. Como resultado de los cambios en las leyes de control o en la condición económica, a las ciudades canadienses se les dio el papel, en forma intermitente, de lugares de perdición. Esta designación a menudo se opone a la imagen añeja y estereotipada de Canadá como aburrida y respetable.

Por ejemplo, en los años setenta, Toronto era el centro de un comercio sexual muy visible en el que los salones de masaje y las librerías pornográficas llegaron a dominar su principal arteria comercial, la calle Yonge. Esta actividad comercial surgió, en gran medida, como resultado de lagunas en la legislación provincial (muchas de las cuales pronto serían cubiertas), pero esto sirvió para erradicar la vieja reputación de Toronto como capital protestante represiva. Windsor, Ontario, que se encuentra lejos de Quebec pero que está conectada por un puente con Detroit, Michigan, vio el florecimiento de un comercio sexual basado en clubes de *striptease* que anunciaban a “bailarinas francesas”. (De manera metonímica, el estatus de Windsor como canadiense la relaciona con “lo francés” de Montreal, al igual que “lo francés” relaciona a Montreal con las míticas *Folies Bergères* y el desfile gay.) A lo largo de varias décadas, el estatus de las ciudades canadienses y estadounidenses fronterizas ha cambiado. Primero en un lado y luego en el otro se redujo la edad límite para el consumo de alcohol y se permitieron algunas formas de apuestas. Asimismo, las fluctuaciones en el valor relativo de los dólares estadounidenses o canadienses hicieron de cada población, a su vez, compradores incontrolables, traficantes de bajo nivel y ciudadanos desleales.

Sin embargo, ninguno de estos acontecimientos fortaleció la percepción generalizada de Canadá como lugar de perdición o licencioso. Los cambios a las regulaciones en las zonas urbanas, como la edad a la cual se puede beber alcohol legalmente, mandarían el tránsito de personas a través de la frontera con Estados Unidos hacia una sola dirección, y después se invertiría ese movimiento sin que fuera necesario un gran cambio en cuanto a lo que se pensara sobre Canadá. En ausencia de una estereotipificación añeja y muy arraigada, el lugar de Canadá en el tráfico fronterizo de pasiones es susceptible de revisiones periódicas. Por ejemplo,

desde los años sesenta hasta finales de los noventa, Montreal era el centro principal de la publicación de tabloides y periódicos que hablaban de escándalos. Cuando se empezó a publicar uno de ellos en 1954, *Midnight*, la revista cubría la vida nocturna de Montreal; para los años sesenta había alcanzado una circulación de varios cientos de miles de ejemplares por semana dentro de Estados Unidos. La editorial, que creció gracias a esto, empezó a publicar otros tabloides, como el *National Examiner* o el *Globe*, que florecieron dentro del mercado estadounidense. Durante los siguientes veinte años, surgieron la *Police Gazette* y prácticamente todas las demás revistas amarillistas que han formado parte de la cultura popular estadounidense desde principios del siglo xx.

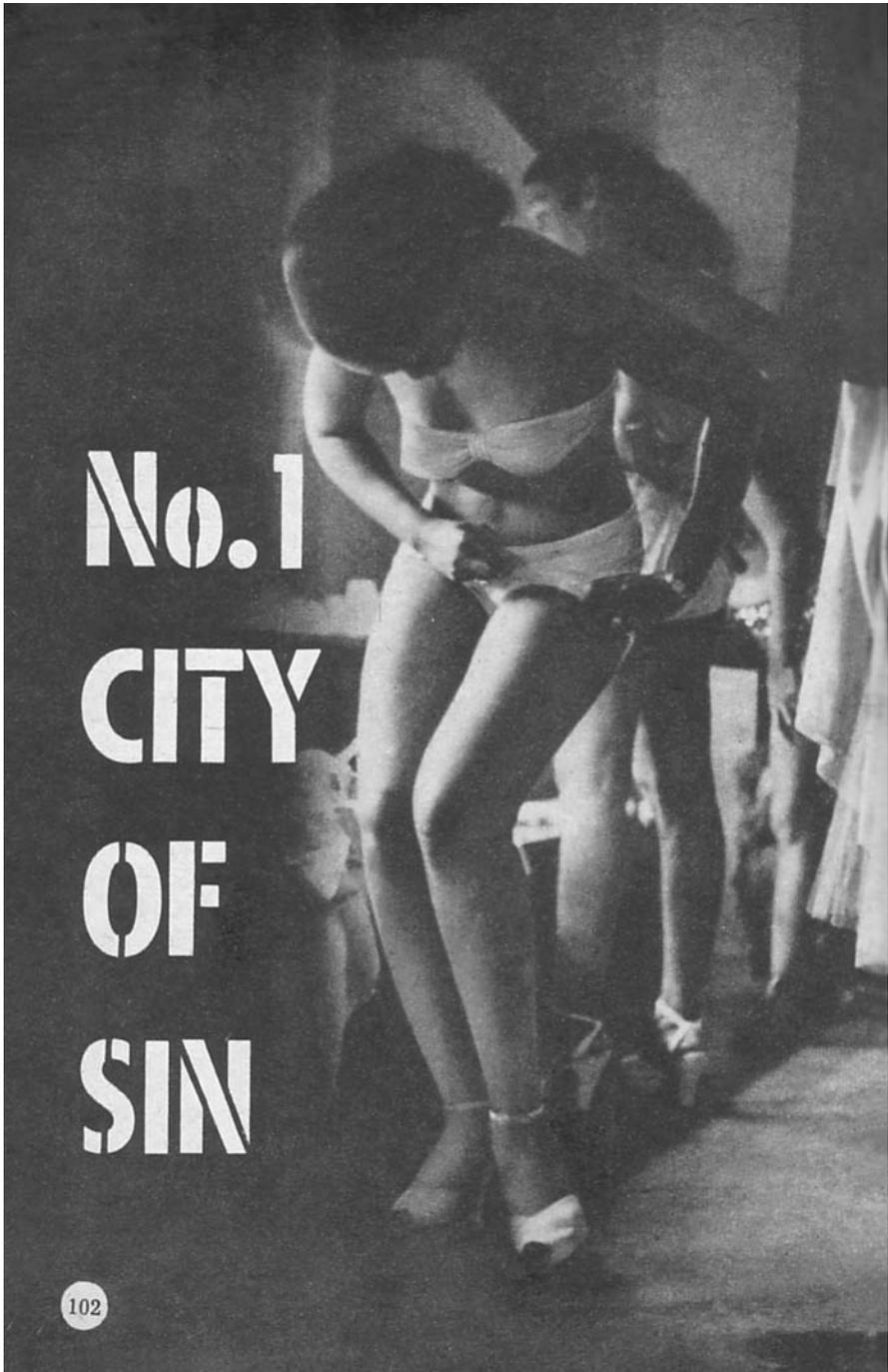
Como estas publicaciones se editaban en Canadá, apenas cruzando la frontera de su principal mercado, estaban relativamente a salvo de demandas y podían beneficiarse de tasas de cambio favorables. Dichas publicaciones se encontraban, incluso para los estándares de su industria, entre las más obscenas y explotables de su género. Sin embargo, para finales de los años sesenta, la industria del tabloide escandaloso empezó a cambiar en formas que pusieron a los editores de Montreal en una posición de desventaja. Su competencia principal, el *National Enquirer*, empezó a enfocar su energía hacia las ventas en supermercados. Para alcanzar este público, el *National Enquirer* redujo su énfasis en el sexo y el crimen y lo cambió por las tragedias de gente famosa e historias de interés humano con las que ahora se asocia a la revista. Sin embargo, los periódicos con sede en Montreal no tenían conexiones con la industria de autoservicios estadounidenses que les hubieran permitido entrar con éxito a ese mercado. La única opción disponible para ellos era continuar haciendo énfasis en el sexo morboso y la violencia que los caracterizaba. Al igual que los productores contemporáneos de programas de televisión y películas de bajo presupuesto que se aprovechan de las favorables políticas tributarias de Canadá y los bajos costos de mano de obra, los productores canadienses de tabloides se dedicaron a los géneros morbosos y explotables porque éstos ofrecían uno de los pocos nichos de mercado en donde podían florecer.

De manera similar, la imagen de Montreal como ciudad de perdición y de vicio proviene menos de las suposiciones acerca de su carácter latino que de sus vínculos históricos con la cultura del entretenimiento del noreste de Estados Unidos. La economía del entretenimiento nocturno de Montreal floreció con más intensidad a principios de los años treinta, cuando la Ley Seca en Estados Unidos hizo de Montreal un destino atractivo para los turistas y los espectáculos. Durante este periodo, Montreal se integró a la ruta de las giras del entretenimiento teatral y musical —una ruta en donde estaban incluidas Nueva York, Filadelfia, Chicago y otras ciudades estadounidenses—. El estatus de Montreal como ciudad fronteriza tiene mucho que ver con las posibilidades que tuvo durante la Ley Seca, cuando la ciudad participó en la historia del dominio de los gángsters y la vida nocturna estadounidenses.

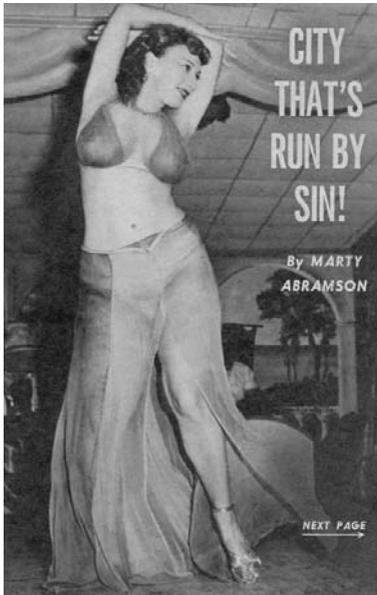
En Quebec, en años recientes, ha habido un debate considerable acerca del papel desempeñado, dentro de la imaginaria de Quebec, por *l'Américanité*, el sentido de ser estadounidense. En las primeras décadas del siglo xx, historiadores de

Quebec, como Lionel Groulx, insistieron en que el carácter estático y principalmente rural de la vida quebequense parecía haberse desarrollado aislado de las influencias modernizantes y corruptoras de la vida urbana estadounidense. Generaciones subsecuentes de historiadores cuestionaron esta versión y demostraron que la sociedad de Quebec siempre se ha caracterizado por altos niveles de movilidad fronteriza y participación continua en la modernización. Durante el siglo XIX y principios del XX, Gérard Bouchard e Yvan Lamonde sostuvieron que había un movimiento constante de gente e ideas de norte a sur, entre Quebec y Estados Unidos.⁶ El término *américanité* nos invita a considerar la cultura de Montreal como una cultura fronteriza, caracterizada por un persistente tráfico de todo tipo a través de la frontera. Montreal puede ser, en efecto, un lugar de relajación moral y entretenimiento efervescente. Sin embargo, podríamos ver estos rasgos con provecho, no tanto en términos de un hedonismo mediterráneo, como lo sugieren los estereotipos, sino como una evidencia de la participación de Montreal en los experimentos morales y sociales que marcaron la vida norteamericana.

⁶ Gérard Bouchard e Yvan Lamonde, "Introduction", en ídem, eds., *Québécois et Américains: La culture québécoise au XIXe et XXe siècles* (Montreal: Fides, 1995): 9.



102



**CITY
THAT'S
RUN BY
SIN!**

By **MARTY
ABRAMSON**

NEXT PAGE →

2



**MONTREAL EXCLUSIVE:
THEY'VE KICKED THE SIN
INTO THE STREETS**

■ Flesh is a big attraction in Montreal, Canada. In bright, brassy (but legitimate) clubs—*Chez Parec*, *The Penthouse*, *Blue Angel*—flimsily-clad girls keep customers swarming in. Patrons seeking earthier forms of "entertainment" have

Canada's So-Called "Paris" Boasts Raucous, Racy Clubs—
But Earthier Lures Aren't What They're Cracked Up to Be

3



**MONTREAL
CONFIDENTIAL**

By **MARTIN ABRAMSON**

► In the spring of 1935, a judge in Montreal named Louis Coderre decided it was time to stamp out sin in the sprawling city atop Mount Royal. He started an investigation of organized vice that caused a slight tremor in the underworld and resulted in one police officer being suspended. Two days after

STORY CONTINUED ON PAGE 14

A 400-YEAR-OLD
HERITAGE OF SIN KEEPS
THIS FRENCH-CANADIAN
CITY BOGGED DOWN
IN THE MUD OF
CORRUPTION
AND VICE

4

MONTREAL
CANADIAN
SIN-CENTER
HAVEN FOR
GIRL-HAPPY
TOURISTS

Fun-loving girls from the provinces leave morals at home when they invade the big city. They make it a joy-center for vacation-happy tourists in the town that winks at vice—

by **RENE CHANNING**

THE Quebec holiday season opened yesterday. A record turnout of American sportswomen was noted tomorrow in Catherine Street on the trail of the gamest. . .

When the most postings of a widely-read Canadian sports magazine clearly imparts one of the generally known facts about visiting Montreal from the U.S. the American girls on the foundations of already shaky marriages melted over the entire northern U.S. The starting discipline for the U.S. side of the border wasn't more so the latest, bare, basement clubs and pool tables of old Montreal. It was simply a case of releasing old passions.

Wives, whose husbands religiously look off on that annual "three to six weeks, or weekends for the duration,"

lim of the hazing season," suddenly began to examine the condition of their marital union. Many more were strict exiles, they just blew up. . .

"Could it be," observed one traveling man who would rather forward a copy of the gazette, "that Joe never actually spent four weeks (he was too bloody jangled to write) in a Paris Occident hazing lodge with the boys? Important! How else would Joe come with a beer and five dice weeks adorning the roof of the street?"

Appalling sobriety.

"George—my George on the town in Montreal? I don't believe it!" started another typically judgment U.S. housewife who really should've believed it. "But we'll let you something, who guy, I call George twice a week at French's camp, I do the talking. And my hubby's always there—"

Show sobriety, but a wiser kind.

Journalist's present posed page of mail on the col-

5

Brownsville:
SEX
on the
BORDER

6

Newport, Kentucky
SIN
TOWN ON THE
OHIO
RIVER

Only 30,000 people live there, but every year more than 1,000,000 visitors hit this sizzling city to spend more than \$30,000,000 on its illicit wares—booze, betting and babes. In fact, it's gotten so wide-open the Feds have moved in, but the lid isn't on yet—and there are many pros who'll give you odds it never will be.

7

SIN CITY GALVESTON:
The Eyes Of Texas

Can the state clean up the 'Sodom of the Gulf' against its own will?

8



VICE CITY, U.S.A.

by Robert Hiller

Phenix City was run by brothel owners, gamblers, and gunmen—till they killed the wrong man

THIS IS the way a tough town dies. Not by the roar of pistols, not by the thumping of a policeman's axe, but by the rising up of the good, decent people of the community against the evils of vice.

This is the story of how the decent people of one city finally rose up—how they are fighting to cleanse their town of the stench of sin. This is the story of Phenix City, Alabama.

You didn't have to be in Phenix City more than an hour to figure out why it was the wickedest city in the United States. Its streets were jammed with thousands of young, impudic girls from across the Chattahoochee River at Fort Benning—the largest flunkey center in the world. Its bars were lined with early, hairy farmers of the area—all cotton men and all with pocketbooks bulging. And then there were the crazy-pick oil wellshooters from the Gulf of Mexico, 200 miles to the south.

They were all out to have a good time in Phenix City. And they had the money to pay for it.

So Phenix City grew to be this:

You like it, gambler, soldier? Take your choice: dice, cards, horse racing, lotteries, roulette, slot machines.

If not some kick, GI? Anywhere you go you can buy a shot of cocaine, or heroin.

Like a nice girl, striptease? There's a fine house down the street, or just two blocks south, or a block west on Main Street.

The girls are changed every three, four weeks—we've got a regular circuit down here just like they used to have in the old vaudeville days.

Want your ice mixed with some alcohol? Try our B. J. gin. You'll find at least one and usually a dozen in every

bar. They'll run up a heavy bill on you, but after the place closes, they're real obliging.

Got too much money to spend? Just walk up any street.

All kinds of gals come into Phenix from the country. They want they can get paid here for what they were giving away back home.

Those were the selling lines of the merchants of Phenix City. They had only one product—vice.

The merchants were mostly outsiders—from New Orleans, New York, Chicago, Denver, and Los Angeles. Their influence ran high—as high, it was rumored, as the state capital in Montgomery.

They were tough, breaking no rules—on either the 15,000 general citizens of Phenix City or from their customers.

Their weapons were a special sort of facial management known as the "chain gang," and the razor-edged shotgun.

The "chain gang" was mostly for ungrateful customers—especially G.I.s who balked when they were cheated.

When a soldier got uncooperative, the gang's muscle man moved in. He could be a bar bouncer, a taxi-cab driver—or more often than not, a policeman.

Winged around his right hand would be a coil of chain; in his left hand would be a pair of human feet.

Some guys hauled out from Fort Benning that

In March, 1934, a soldier reported he was beaten "without mercy and without reason" in the Phenix City police station.

In May, police arrested two businessmen for disorderly conduct and subdued them at 1147.

Sometimes in April, a soldier alleged, he was robbed by a cab driver and a prostitute. (Continued on page 161)

NATIONAL GUARD troops patrol a Phenix street, maddled with signs showing its main trade, after martial law was declared.

NEW HAVEN LOADED FOR SIN

By JOHN DEMEROL

EDITOR'S NOTE: There is nothing tougher to stamp out in any town than a fast growing vice set-up. New Haven's police department has been fighting a valiant battle against increasing odds. Despite its conscientious and heroic efforts, syndicated and local vice crime keeps putting down roots in the town. Undoubtedly, one of the biggest blows could be struck by an immediate increase in the size of the police force. With additional help, there is every reason to believe that the present, hard-working department could go a long way in exterminating the sinners that prey New Haven. The editor invites you to what the new vice czar, Richard Lee, intends to do as his personal contribution to the vice question here.

THE quiet New England college town these days is a little rough. There was a time when the select residents of New Haven, Connecticut, were disturbed only by the peeks of Yale students. The good folk would stroll across the ponds in the center of town, feeling comfortable and secure in the peaceful life of the gateway to New England. It was only yesterday when the colorful old churches set the pace for this community.

Today, the city moves fast, lives high and steps at nothing. Any thrill-seeking student, graduate or substitute looking for action can find it right in the old home town. The community built around Yale University has grown into a wild-open air-for-all where anything goes. Money can buy a woman, or anything else—and when money fails, murder does the (Continued on page 54)

You can buy all the "junk" you want right in Yale-town. Then hop out to motel row for glitzy entertainment.

TWIN CITIES OF SIN

by Frank Rasky

Like most border towns, St. Paul and Minneapolis have become "get-away" spots for some of the roughest routines on record